

ENSAYOS CRÍTICOS DE NANCY FERNÁNDEZ, UN VIAJE INCÓGNITO POR LA LITERATURA ARGENTINA

Sobre Nancy Fernández. *Ensayos críticos. Violencia y política en la literatura argentina*. Córdoba: Alción, 2020. 273 pp.

Fernanda Mugica
Universidad Nacional de Mar del Plata

Ensayos críticos. Violencia y política en la literatura argentina (2020) de Nancy Fernández es un libro sobre los modos en que diversas zonas de la literatura y la cultura argentinas se cruzan para puntualizar series, espacios dinámicos y transdiscursivos, que habilitan múltiples lecturas. En su recorrido, Fernández se guía menos por una cronología lineal, que por la observación de ciertas insistencias, de ciertas persistencias desplazadas que nos llevan a examinar problemas políticos y culturales. Me refiero, por ejemplo, a la violencia como categoría teórica central que atraviesa el libro, pero también como unidad estructural mínima, en tanto eje y motivo estético e ideológico. Fernández “cruza y desparrama” textos, analiza géneros, prácticas, discursos, y pone en diálogo escrituras que van desde los momentos fundantes de una tradición hasta nuestros días. El federalismo de Rosas y el peronismo son los factores políticos con los que dialogan mayormente los textos de las constelaciones que Fernández señala. En una cadena de apropiaciones y desvíos, de filiaciones insoslayables o elegidas, se van trazando algunas huellas sobre las que Fernández piensa, con sensibilidad y profundidad filosófica, los modos de decir de la literatura y la cultura de nuestro país.

La categoría de “tradición” es otro de los ejes teóricos que atraviesa el libro. Se la entiende no como reservorio del pasado, sino como cambio y desplazamiento, como concepto productivo que da lugar a vínculos móviles entre autores, textos, series, a partir de los cuales es posible leer “restituciones y emergencias”. Del otro lado, encontramos la noción de canon: si el concepto de tradición es dinámico, es respecto de las operaciones culturales del canon, que a lo largo de la historia ha buscado fijar sentidos, símbolos, normativas, ligadas a procesos de institucionalización. Desde esta perspectiva, el presente se instituye como la instancia desde donde modular relaciones y trazar líneas de filiación. Fernández lo hace por medio de interrogaciones que habilitan nuevas líneas de lectura y no desde afirmaciones taxativas. Así, observa singularidades de la literatura argentina, directamente ligadas a los desplazamientos históricos, políticos y culturales de ciertos ideogramas, como los de Civilización y Barbarie, que han estado presentes como variables desde la cristalización de un imaginario fundacional.

Si pensamos, junto con Eduardo Grüner, al ensayo como un género ambulatorio, que reconoce un comienzo, pero no un origen, un propósito, pero no un fin, podemos leer los once ensayos que forman parte del libro de Nancy Fernández como un recorrido en estado de desvelo por los territorios de la literatura argentina. Una serie de ensayos que convergen en un estilo, en una escritura que dialoga –cómplice– con la crítica literaria, con la filosofía, con el psicoanálisis, y que no necesita andamiajes enunciativos que la sostengan porque se sostiene en sí misma, en el diálogo con esas otras voces y en las lecturas de una trayectoria extensa como investigadora y como docente. El recorrido es amplio, porque tiene lugar entre los siglos XIX, XX y XXI.

Desde el presente, los hermanos de la serie televisiva *Un gallo para Esculapio* vienen, en palabras de Fernández, a “elaborar el peso específico que la violencia ejerce tradicionalmente, como marca ancestral, sobre la cultura argentina” (269) y cierran, en el último ensayo, un círculo posible, a partir de la insistencia que estaba presente desde la ilustración de tapa: la de los hermanos. La fraternidad como dispositivo, el lazo afectivo de la amistad como convención que da inicio al género gauchesco. Caín y Abel, Fierro y Cruz, Julián Andrade como compañero inseparable de Juan Moreira, los Lamborghini, entre otros, hasta llegar a Roque y Enzo en *Un gallo para Esculapio*. Fernández destaca usos y apropiaciones que atraviesan siglos, y lee, en la singularidad de esta serie televisiva, la tenacidad de la violencia en los bordes de la ley, los cruces entre campo y ciudad, la construcción de una lengua. En su lectura, no se trata de destacar –quizás– a los hijos únicos de una literatura –si es que los hay– sino de subrayar fraternidades y filiaciones, parentescos generados y hermanos olvidados que persisten como fantasmas.

La primera figura en la que Fernández se detiene es la de Esteban Echeverría, no sólo para examinar su lugar central en la fundación de una literatura nacional, sino también para señalar, en su escritura, algunas de esas escenas fundantes “donde sangre y barro son marco y repertorio de una fiesta que tiene a la violencia como centro” (14). En la lectura de *El matadero* (1871), Fernández encuentra algunos de los motivos articuladores que luego darán lugar a series y tradiciones. Allí, la violencia es síntoma, y se instituye en tanto carácter material que organizará y estructurará el imaginario nacional. En otro nivel, esta violencia también podrá leerse en el análisis que Fernández realiza de las *Cartas Quillotanas* (1853). En este intercambio epistolar, la ensayista hace foco en la construcción del lugar de enunciación por parte de Alberdi –intelectual que

también compartió con Echeverría el proyecto de fundar la Nación— y explora los procedimientos que tanto él como Sarmiento ponen en juego en esta polémica. Para eso, realiza un minucioso análisis discursivo: piensa en las “estocadas y sutilezas irónicas”, en los usos y desvíos que cada uno hace de la palabra del otro, en la invasión de su territorio, y en la serie de acusaciones y alegatos que hacen de este intercambio una diatriba.

En el siguiente ensayo, la autora se ocupa de la escritura de Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). A partir de un análisis textual de gran sutileza, analiza decisiones y acontecimientos históricos, y piensa la frontera como lugar de conflicto, donde no sólo el espacio sino también la lengua se transforman. Aquí, Fernández analiza los modos en que Mansilla corre los límites de cualquier clasificación maniquea, y desplaza —en una reapropiación polémica— el sentido de la barbarie. Si Sarmiento juzgaba con estentóreas invectivas —afirma Fernández—, Mansilla cavila, delibera, bromea y pregunta, “como si la escritura tomara como materia el andar sobre caballos embridados por manos diestras” (47). Así, presenta una cultura —la de las poblaciones ranquelinas— desde una perspectiva amplia, y abandona prejuicios para dar lugar a una crítica a su propia clase de pertenencia.

También en *Santos Vega* (1872) de Hilario Ascasubi, Fernández lee las torsiones que el dispositivo de la violencia asume en la literatura. Se centra especialmente en el análisis del complejo sistema discursivo que Ascasubi construye. Desde allí, piensa las figuraciones de autor, pero también la lengua como condición del género. La autora lee lo poético de Ascasubi en “la punta (filosa) que brilla”, en la refulgencia del cuchillo que “corta en línea vertical el cuello para que la sangre brote a borbotones y la víctima resbale, danzando como en la danza popular coetánea” (98). Cuando Fernández cita, es

porque se coloca dentro del texto y lo entrama con su ensayo para hacerlo hablar e introducirnos en una lectura que abre sentidos con contundencia. La autora “corta” el texto de Ascasubi, para dar lugar a la reflexión y detener, por un instante, el perpetuo estado de fuga del propio texto. En este ensayo, el análisis de *Santos Vega* dialoga con el de *Martín Fierro*, dado que ambos proponen diversos modos de poner en funcionamiento los códigos y consignas del género gauchesco, así como de redefinir sus rumbos. En estos textos, la autora examina cómo se desplazan los signos ideológicos del par Civilización y Barbarie. En la obra de Hernández, se detiene no sólo en las convenciones del género, sino también en las remisiones significativas entre texto y contexto, en las cercanías y distancias entre autor y personaje, en los diálogos complejos entre vida, política y literatura.

Ya en el siglo XX, Fernández analiza usos y relecturas de la tradición, para pensar posibles series, donde cada autor traza su genealogía, y donde la violencia puede leerse como insistencia desplazada del pasado y sus sentidos. En “Las reglas del juego...”, la autora se ocupa de *La vida por Perón* (2004) de Daniel Guebel, de *La causa justa* (1982) de Osvaldo Lamborghini y de *El niño argentino* (2006) de Mauricio Kartún. En Guebel, lee el retorno de esa constante grotesca de la literatura argentina que es el trato con cadáveres ilustres. En un texto como *La causa justa*, la autora analiza las formas de puntuar “lo argentino como máscara y simulacro del lugar común” (149), mientras que, en *El niño argentino*, analiza los modos en que, en una torsión particular del juego con esos estereotipos y lugares comunes, se reponen otras problemáticas insistentes de nuestra cultura. Si la figura de los hermanos atravesaba el libro de Fernández, también lo harán otras vinculaciones filiales. El niño argentino huye de la acusación de estupro gracias a las credenciales que lo legitiman

como hijo y patrón de estancia. Su familia representa el poder económico de la oligarquía nacional: relaciones de padres e hijos, que ocupan lugares centrales y pueden leerse desde diferentes aristas, en las series que estos textos construyen.

En “Los collares neobarrosos de la nación”, Fernández se detiene en las producciones de Néstor Perlongher y de Osvaldo Lamborghini. Una vez más, está presente el cuerpo, el cadáver, en este caso de Evita, en un movimiento que inscribe el trazo atemporal, inherente al mito, “en la instancia embrionaria donde la Señora entra en la inmortalidad, formando una constelación serial con las marcas identitarias de la Nación” (159). Un mito que, en Osvaldo Lamborghini, será “mitología desaforada”, un modo de trabajar la forma y el ritmo, las series combinatorias que, en palabras de la autora, disuelve y encadena –paradójicamente– a la familia, la ley y el saber, en una fatalidad ciega en la que “la escritura dice que el trazo remite al sentido, pero el acto de trazar se descompone y desvía” (162). También en el ensayo “Sobre Copi” habrá espacio para descomposiciones y desvíos, en sintonía con uno de los ejes centrales sobre los que este libro indaga: el de las filiaciones y hermandades. Cuando la escritura expulsa el peso de la deuda y del deber, el arte termina conjurando herencias y tributos, afirma Fernández. En este sentido, la escritura de Copi se rescata en su des-herencia, donde nada pertenece a nadie y donde lo nuevo da lugar –también– a la violencia de lo incondicionado. Las reescrituras de Leónidas Lamborghini en *El riseñor* (1975), por su parte, permiten a Fernández reflexionar sobre los modos en que, en la desarticulación de las funciones del discurso, queda desautorizada cualquier potestad única y se da lugar a una propiedad común sobre los textos.

En “Las formas poéticas de la experiencia...”, Fernández realiza, primero, un recorrido por las obras poéticas de Arturo Carrera y Tamara Kamenszain, para interrogar luego las

formas en que neobarroco y objetivismo han sido leídos como una mera contienda generacional, cuando en verdad podrían rescatarse, en sus cruces, ecos omitidos y continuidades desplazadas. El sitio que ocupan las figuras de Lamborghini y Zelarayán, la fundación de Literal, sus vinculaciones con el telquelismo y el legado de las vanguardias históricas son sólo algunos de los ejes sobre los que Fernández se detiene para dar lugar, con mirada abarcadora, a una lectura situada. Una mirada que, además, permite leer transversalmente y desde relaciones dispares –desde una disparidad que habilita lecturas heterogéneas de la tradición, lejos de las lecturas estandarizadas del canon. Así, en los últimos ensayos de este volumen, la autora analiza –desde su disparidad inherente– problemas comunes en Borges y en Aira, o piensa los usos diversos que los hermanos Lamborghini hacen de la tradición.

Es un desafío dar cuenta en una reseña de las complejidades que este libro abarca, desde el siglo XIX hasta nuestros días. Sobre todo, porque en el camino dialoga también con los marcos históricos y con los avatares de una cultura, desde una mirada lúcida que habilita siempre nuevas lecturas. Pero sobre todo porque hay zonas en que se vuelve imposible no escuchar la voz de la autora, no reconocerla en sus clases de Literatura Argentina, como si algo de esa voz y del afecto, de esos movimientos en el aula, también pudiera leerse en el texto. Imposible que no se genere, también, un deseo de leer toda esa literatura, de ir y venir en los cruces que la autora propone: un deseo de seguir pensando, imposible de puntuar brevemente en una reseña. Como el personaje de *Un gallo para Esculapio* que cierra el libro: todos los caminos abiertos, “en la llanura que se tiñe al alba” –quizás otra, quizás la misma– y la posibilidad de armar recorridos, de trazar series, genealogías que siempre están por develarse, en ese “viaje incógnito” de la literatura argentina.